

Nota editorial

En *El envoltorio político*, también publicado recientemente por nuestras ediciones, Arrigo Cervetto –partiendo de las reflexiones de Lenin sobre la *democracia reaccionaria* y sobre la forma democrática como *mejor envoltorio* para el dominio del capital– había sistematizado, ya a finales de los años Setenta del siglo pasado, el concepto de *democracia imperialista*. Entendida como la expresión de la *pluralidad de los poderes políticos*, que hacen posible la *centralización pluralista* de las voluntades de los grandes grupos y de las fracciones fundamentales de la burguesía.

Proporcionar un fundamento teórico y definir ese punto central, sobre la base de la indagación científica realizada por Marx, Engels y Lenin, tenía el objetivo de aclarar que la forma democrática también seguía siendo más que nunca el mejor envoltorio para el capitalismo en la fase imperialista. De esta manera se podían desenmascarar las múltiples variantes ideológicas, haciendo posible la batalla contra todas las corrientes políticas democráticas ; una exigencia siempre vital para la acción revolucionaria, dado que históricamente la democracia siempre ha sido por principio político anticomunista.

En *Europa y el Estado*, donde se recogen los editoriales de alrededor de una década, entre 1996 y 2006, Guido La Barbera retoma aquellos bastiones teóricos para aplicarlos al estudio de la cuestión europea. Para mostrar como “*procesos inéditos*”, como la ruptura de las soberanías estatales en Europa y el nacimiento de un sistema de poderes europeos, “*podían leerse totalmente con los instrumentos de la teoría marxista del Estado y de la democracia imperialista*”. El objetivo es el de analizar la *democracia imperialista europea* en los términos de una *pluralidad de superestructuras*, como una combinación de *poderes federales, confederales y nacionales*.

Aquello con lo que nos confrontamos constituye un verdadero salto cualitativo de las formas estatales en Europa. Un proceso que ha sido posible, por una parte, por las consecuencias de la *nueva contienda*, que a finales de los años Ochenta había destruido el imperio capitalista estatal de la URSS y puesto final al reparto de Yalta. Mientras, por otra

parte, era un resultado de la *nueva fase estratégica*, que se había abierto en los años Noventa y veía afirmarse, comenzando por China, potencias de tamaño continental y, por lo tanto, haciendo necesario un *quantum* de potencia estatal en la contienda imperialista.

Por el contrario, a diferencia de lo defendía la ideología liberal, en relación al final del papel de los Estados e, incluso, sobre el “final de la historia”, se preparaban para una confrontación al nuevo nivel de Estados-continente. De hecho, el ocaso del Estado-nación decimonónico, no anunciaba la superación de la violencia política que había desgarrado durante más de un siglo la historia del Viejo Continente. Detrás de la ilusión de una *Europa benigna*, publicitada como el resultado de la dura lección aprendida por las inmensas devastaciones de dos conflictos mundiales, se escondía, sin embargo, la realidad de nuevos poderes europeos que tenían el objetivo de resistir el choque de un enfrentamiento que se iba a jugar entre bribones imperialistas de tamaño continental.

No por nada, al encuadrar la verdadera sustancia de aquel proceso, Guido La Barbera anticipaba en uno de sus escritos que “*si verdaderamente la defensa común sacará la guerra de su corazón renano, será para llevarla más allá, en las turbinas de las tensiones globales que el propio nacimiento de la Unión Europea contribuirá a generar y a volver a encender. Si centraliza la violencia política de los Estados que se han combatido durante siglos absorberá potencia, pero para proyectar a su vez violencia en la contienda imperialista*”.

De aquí parte la necesidad de orientar la batalla política contra la naturaleza inevitablemente imperialista del proceso de unificación europea. Contra *el europeísmo imperialista*, la nueva expresión de un socialimperialismo continental que ya estaba anunciando por anticipado las nuevas políticas y las nuevas ideologías envenenadas de una *Europa potencia*.

“*Para quien ha elegido el internacionalismo*”, se lee al respecto en el texto, “*es vital tener una visión científica, si no se quiere terminar atrapado por las ideologías que ya se apresuran a aturdir los cerebros y a movilizar los prejuicios y las emociones de masa*”.

Sólo con aquella “*visión científica*” sería posible comprender que, aunque aparentemente sea paradójico, la causa última de la unificación europea había que buscarla en Asia. Que precisamente la irrupción prepotente del gigante chino empujaba a Europa a la reacción frente a la presión creciente proveniente de Oriente. Y que, por lo tanto, China y Europa, el imperialismo chino y el imperialismo europeo, tenían que ser comprendidos juntos, con los nexos conjuntos del imperialismo unitario. Eran las “*cuestiones neurálgicas*”, aunque ciertamente no agotaban el cuadro general

de una contienda donde las otras grandes fuerzas continentales –en primer lugar los EE.UU., pero también la India, Rusia, Japón y Brasil– ocupan el escenario. Y como tales debían afrontarse, tratándose de “*dos desafíos para el internacionalismo*” en la nueva fase estratégica.

Por lo demás, todavía otra vez, precisamente en el amplio patrimonio de teoría y de lucha del marxismo revolucionario, era posible encontrar las confirmaciones más sólidas. Lo que se estaba verificando, en los hechos, era “*simplemente aquello que escribió Lenin durante el incendio de la Primera Guerra Mundial imperialista : los Estados Unidos de Europa o son imposibles, o son reaccionarios, porque son la respuesta a la América y la Asia emergentes*”.

Por esta razón, la “*oposición proletaria al imperialismo europeo*” ha sido desde el primer momento nuestro lema. Que se apoya en una victoria teórica del marxismo que tiene el aliento de un siglo.

Después de quince años, ahora que nos encontramos de lleno en los efectos del segundo tiempo de la nueva fase estratégica que han sucedido a los años de la crisis global –hoy agudizados por los efectos no menos intensos derivados ahora por la *crisis de la pandemia secular*– es fácil constatar que los términos de la contienda son mucho más evidentes que los enunciados entonces.

La *débâcle* político-estratégica registrada con la derrota de los EE.UU. y de la OTAN en Afganistán es, sin duda, un acontecimiento que dejará su marca en la historia. No sólo se trata de una bancarrota para el mito liberal, sino de un verdadero hito en lo que se presenta cada vez más como el *ciclo del declive atlántico*. Si desde hace décadas Europa se ha colocado frente a los dilemas de su capacidad de acción estratégico-militar y de su centralización política, aquel retraso cada vez aparece más insostenible y los problemas todavía sin resolver de la defensa y de la seguridad del Viejo Continente están en el centro del debate y de la confrontación en todas las capitales de la Unión. Autonomía estratégica, nuevas relaciones transatlánticas y dentro de la OTAN son los términos de un desafío cada vez más vital para unir a la moneda también la espada de la Europa potencia.

En el futuro tempestuoso que se anuncia cada vez aflorarán más las ideologías envenenadas del europeísmo imperialista. Volver a proponer puntos clave de *Europa y el Estado* es un arma de lucha añadida para dar fuerza y claridad a nuestra cada vez más necesaria *oposición proletaria al imperialismo europeo*.

Octubre de 2021